

COMENTARIOS AL ARTÍCULO DE D. GREENWOOD

Comentario I

Juan Ignacio Castián Maestro
 Universidad Complutense de Madrid

Siempre resulta grato contemplar cómo un antropólogo realiza una antropología de la propia antropología. Ciertamente, ello es algo que se ha hecho ya en otras ocasiones, aunque, quizá, no las suficientes. También nos parece digno de encomio este intento de servirse del instrumental analítico de su disciplina para tratar de entender la naturaleza de las reformas universitarias actualmente en curso. Por todo ello, Davydd Greenwood nos merece un profundo reconocimiento intelectual y político. Ojalá un trabajo como el suyo sirva de acicate para que otros investigadores sigan esta misma senda. Pero tomar un trabajo científico como fuente de inspiración, implica también entenderlo como una incitación al debate. Lejos de verlo como un modelo acabado, preferimos dialogar con él de un modo crítico, aprovechando lo que nos parecen ser sus puntos fuertes, pero también señalando algunas de sus carencias. Así ha de ser, sobre todo, en un caso como éste, el de una propuesta muy amplia y general, en la que se esbozan distintas líneas de trabajo.

En cuanto a los aspectos más positivos del texto de Greenwood, hay dos elementos que nos han parecido especialmente relevantes. El primero consiste en su denuncia de la frecuente resistencia de los científicos sociales a aplicar sobre sí mismos sus propios planteamientos teóricos. Toda su sutileza y todo su talante crítico tienden a desvanecerse cuando se trata de escudriñar su propia realidad. Ante ella se conducen como actores sociales ingenuos, igual que la gente a la que estudian. Nuestro autor pone de manifiesto cómo este modo de proceder caracteriza no sólo a quienes sustentan puntos de vista oficiales, sino también a muchos de sus críticos, quienes se conforman con repetir algunas frases hechas, renunciando a profundizar más en la naturaleza de sus propios problemas. Desde luego, como el mismo Greenwood apunta, el *ethos* individualista actualmente en auge tiene mucho que ver con todo esto. El académico se concibe a sí mismo como una especie de empresario autónomo que va construyéndose su propia carrera profesional, considerando las instituciones en las que actúa de una forma estrecha e instrumental, sin ser capaz muchas veces de mirar más allá de sus intereses más inmediatos y de buscar soluciones para los profundos males que padece. Un individualismo desaforado resulta, así, contraproducente para quien lo sustenta. Es ésta una situación cuya extensión desborda ampliamente el ámbito académico y que constituye, en nuestra opinión, una de las grandes tragedias de nuestro tiempo. Entenderla puede ayudarnos a explicar la actual desorganización que sufre la gran

masa de ciudadanos frente a las reducidas oligarquías que controlan sus sociedades. Pero, como se nos enseña en este trabajo, esta peculiar ceguera intelectual responde también a otras causas. Los antropólogos han caído en su propia trampa. Exotizando de manera sistemática a las personas de las que se ocupan, han hecho de ellas unos seres marcadamente diferentes de sí mismos, de modo que lo aprendido sobre el observado no resulta aplicable al observador. El primitivismo ha salido muy caro. De este modo, la crítica epistemológica se convierte en fundamento de una crítica política.

En concordancia justamente con esta última denuncia, llegamos al segundo aspecto de este texto que nos ha llamado poderosamente la atención. Consiste en su propuesta de recuperar ciertas aportaciones ya clásicas en el campo de la antropología para el estudio del mundo académico. Es lo que habría que hacer, entre otros, con los planteamientos de Marshall Sahlins sobre la “fabricación de grandes hombres” o de Max Gluckman sobre el poder de los agentes mediadores. Sin embargo, nos parece que en este punto el autor se queda corto y comete algunas omisiones muy significativas. Si lo que está buscando son elementos para la construcción de una especie de futura teoría general sobre el clientelismo, académico y no académico, tendría que recurrir, asimismo, a muchas otras aportaciones fundamentales. Entre todas ellas creemos que hay dos de las que no se debe prescindir bajo ningún concepto. La primera es la rica teorización de Pierre Bourdieu en torno al capital simbólico. La segunda, la tradición marxista. Esta última posee un rico arsenal de conceptos para abordar las relaciones de dominación y de explotación, entre ellas las que caracterizan al clientelismo académico. Pensemos en la alienación, la cosificación y el fetichismo. Este último concepto, como ya pusieron de manifiesto los trabajos pioneros de Jonathan Friedman y Maurice Godelier, no sólo sirve para entender la dinámica del capitalismo, sino también la de las formas sociales no mercantiles o, por lo menos, “mixtas”, a decir del propio Greenwood. En el caso de este último, como hoy en día en el de tantos otros, se produce la curiosa paradoja de que una orientación política claramente progresista renuncia a servirse de la más rica tradición teórica de la que dispone la izquierda. Creo que una necesaria actitud de condena contra los numerosos dislates cometidos dentro de esta tradición no debería impedirnos, sin embargo, aprovechar de una manera crítica el grueso de sus aportaciones.